

Azaña, más cerca (sobre dos obras de Santos Juliá)

José Carlos Mainer

Universidad de Zaragoza

Perfil de un historiador de 1939

Nacer en 1939 —algo que Santos Juliá no pudo evitar— fue, sin duda, contraer una responsabilidad grave. Quienes compartimos fechas más o menos cercanas sabemos de las consecuencias inmediatas de la Guerra Civil y apuramos las de una larga posguerra, marcada por la intolerancia y el fanatismo que, inculcado a los más jóvenes, algunos llamaron «autenticidad». Recuperar la normalidad de un análisis crítico de la realidad supuso atravesar un largo purgatorio de lecturas bulímicas y heterogéneas, sospechar que había otro mundo intelectual más ordenado y menos voluntarista y, al cabo, descubrir que también en España hubo una admirable tradición de cultura cuyas fuentes se habían cegado, o casi, en 1939. Por imperativo de algunas de esas razones, la biografía intelectual de Santos Juliá y su acomodo en el mundo académico no han sido ni precoces ni fáciles, en una época que tendió a privilegiar, sin embargo, el espontaneidad y el éxito temprano. Como dijo uno de los nuestros, el llorado Javier Tusell (que fue precoz y brillante), fuimos los «hijos de la sangre», en tanto estábamos destinados a entenderla, si no a achicar la mucha que todavía había estancada. Y acabamos asumiendo plenamente esa función a finales de los años sesenta, como una consecuencia más del ocaso cultural del franquismo, bastante anterior a su consunción política.

Santos Juliá lo hizo más tarde con la mezcla, muy suya, de radicalidad y reflexión, parsimonia y seguridad, que le daba aquella madu-

rez que fue el fruto de haber vivido intensamente sus contradicciones. Y ha llegado a ser un *intelectual* en la acepción de la palabra que empieza a tener ya algo de arcaísmo. Me refiero a los que saben combinar la solidez profesional bien ganada, la independencia de criterio y la concurrencia en los palenques de opinión: conferencias en todas partes, congresos científicos, mesas redondas y polémicas, cursos de verano y la cita de su columna, cada dos domingos, en *El País* le han conferido la condición de referente de autoridad moral, que no es lo mismo que el ejercicio de un mandarinato caprichoso.

En ese trance, basta advertir de entrada que Juliá experimenta agudamente una higiénica prevención ante los desvaríos que le resultan más cercanos: partidario de la estabilidad institucional democrática, ha reaccionado con viveza ante la beatería monárquica de muchos advenedizos entusiastas; socialista desde hace años, ha sido muy crítico con la tendencia a la improvisación y el oportunismo del gobierno de Rodríguez Zapatero; estudioso de la Guerra Civil y su tiempo, ha criticado la mitificación de la llamada «memoria histórica» y la inopuntidad de algunas de sus manifestaciones más llamativas. Y todo esto lo ha hecho de un modo claro y pedagógico, como sucedió en el reciente Congreso Internacional sobre la Guerra Civil española (noviembre de 2006), que presidió (su elección fue tan acertada como casi inevitable) y clausuró con un discurso memorable, pese al electrizado ambiente del momento. Ya he indicado que sus inicios no fueron muy madrugadores y que se incorporó tarde, pero con fuerza, a una promoción de historiadores que compartían con frecuencia los mismos foros y reunían características comunes: un buen conocimiento de las metodologías internacionales, el interés por la historia política y social (y cultural) y, sobre todo, el haber elegido sus temas de trabajo como una opción muy personal y muy implicada en el desarrollo de la propia biografía.

El primer ámbito de Juliá fue la historia del socialismo español a la que se refieren sus primeros trabajos como *La izquierda del PSOE (1935-1936)* (1977), *Orígenes del Frente Popular* (1979), *Madrid 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases* (1984), hasta llegar a su *Manuel Azaña. Una biografía política* (1990), que se centró en las alternativas de la República, vistas a través de la sensibilidad de un político de izquierda burguesa que, pese a las distancias y las dificultades, presidió gobiernos con socialistas, volvió al poder de su mano en 1936 y sufrió durante la guerra las consecuencias de la dramática

escisión del Partido... Con el tiempo, nuestro autor recaló en la historia de la Guerra Civil que, de algún modo, es la gran estación de intercambio de la época anterior a 1936 y de la siguiente. Imagino que haber seguido los pasos de la trayectoria republicana de Azaña, signo de polémica todavía, le hizo concebir a Juliá la necesidad imperativa de escribir una historia de los *intelectuales* en España, un tema que empezaba a preocupar a personas tan diferentes como Vicente Cacho Viu y Carlos Serrano entre otros y que, por añadidura, tenía notable bibliografía reciente, sobre todo francesa. El trabajo del autor resultó un empeño de mucho fuste y tuvo un merecido éxito, además de recibir un título que no es muy afortunado: *Historias de las dos Españas* (2004). La apelación a aquel dualismo español, que quizá inventó Machado y que glosó Menéndez Pidal, minimizaba la importancia de aquel diálogo a muchas voces —más de dos, por supuesto— que ha sido el papel de los intelectuales en la constitución de la España moderna: la invención de una nación que, como había intuido Ganiwet, estaba en gran parte inédita cuando Unamuno la vinculaba a la *intrahistoria*; Maeztu y Baroja, a la regeneración; Machado, a las esencias populistas, y Ortega, a las urgencias del siglo XX europeo. Dos años antes, José Álvarez Junco había publicado *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, que reconstruía los primeros pasos del nacionalismo crítico español; la misma fecha de las *Historias...* lleva el trabajo de alguien mucho más joven, Jordi Gracia: *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultural en España*, que alumbraba de modo muy certero la senda de conversiones, miedos y esperanzas que restituyó a la España expectante de los años sesenta el sentido liberal de la vida colectiva. Los grandes libros —y los tres lo son, sin duda— tienen la virtud de hacer explícita la trama secreta que los junta y, por ende, anticipan ya mucho de los que van a seguirles.

Volver sobre Manuel Azaña

Precisamente a finales de los años sesenta se distribuyeron en España, de manera clandestina y a un precio francamente disuasorio, los cuatro tomos de las obras completas de Manuel Azaña, editados en México por Oasis y amparados en unas sobrecubiertas color morado muy republicano. Para los jóvenes que los leímos fue un descubrimiento que nunca agradeceremos bastante a Juan Marichal, encarga-

do de su edición: nos permitió ir más allá de la imagen de un hombre resentido, inteligente pero malintencionado, escritor sin lectores (como había dicho Unamuno). Y descubrimos a un intelectual de alma compleja, excelente prosa e ironía demoledora, atributos que nunca llegó a usar para producir una obra redonda y capital pero que, en cambio, había sido capaz de dar cuenta de una experiencia política importantísima en forma de un diario íntimo. En la presentación de su biografía *Vida y tiempo de Manuel Azaña (1880-1940)* (2008), Juliá recuerda cómo adquirió en una librería sevillana aquellos cuatro gruesos tomos que le había recomendado vivamente don Ramón Carande, «en alguno de nuestros largos paseos por calles y plazas de Sevilla, hacia mediados de los años sesenta, cuando todavía era costumbre conversar mientras se caminaba». Casi cuarenta años después, el autor ha tenido la rara fortuna de poder reemplazar aquellos cuatro volúmenes de sobrecubiertas moradas por los siete que él mismo ha editado bajo los auspicios de Alianza Editorial y el Centro de Estudios Constitucionales, en la fértil etapa de dirección de José Álvarez Junco. Y rematar, de ese modo, la tarea que, a finales de los años noventa, habían iniciado sus ediciones de los fragmentos desconocidos de los *Diarios* y de los *Discursos políticos*.

Ahora se han incorporado no solamente los textos que se descubrieron en los primeros años ochenta —la conferencia «El problema español» (1911) y la «Apelación a la República» (1924)—, sino todo el material disperso en discursos políticos y académicos, correspondencia, entrevistas, declaraciones, borradores, etcétera. Una parte de este material proviene de la minuciosa exploración hemerográfica del responsable; otra parte, del archivo personal de Azaña, incautado en Francia por la Gestapo y que permaneció hasta 1984 bajo custodia de la Policía; los *Diarios* inéditos estaban en aquellos cuadernos de notas que un diplomático infiel robó a Cipriano Rivas Cherif en Ginebra y que habían acabado en poder de Franco, hasta que su hija los devolvió al Estado en 1996 (el final de la rocambolesca aventura fue la entrega de los documentos —que había usado el periodista Joaquín Arrarás para componer unas falaces *Memorias íntimas* de Azaña— a la viuda y herederos de su autor, en cuyo poder permanecen; se ha usado para la transcripción el microfilme que hizo la Administración antes de proceder a la devolución). En total, se ha duplicado el volumen de los textos de Azaña y, sin duda, no existe un escritor español del que dispongamos de tanto material escrito.

Por otro lado, Santos Juliá ha tomado una decisión que no siempre es fácil a la hora de editar una obra completa y ha optado por una disposición rigurosamente cronológica de los textos acopiados. Ésta había sido, en cierto modo, la pauta de Juan Marichal; y la consecuencia es que, de ese modo, la existencia de libros de ensayos como *Plumas y palabras* o *La invención del Quijote* se diluye a tenor de la primera aparición de sus componentes pero, incluso, los discursos recogidos en *Los españoles en guerra* aparecen interpolados con otros textos intermedios. El lector lo advierte, sin duda, aunque hubiera sido recomendable que fuera prevenido de la anomalía en el lugar correspondiente, pero el calado y las razones de la decisión a favor de esta secuencia biográfico-cronológica son poderosos. Por un lado, nos hace tener constantemente presente las convocatorias históricas que determinan los textos y que acotan casi de forma obligatoria las fechas que encajan los seis primeros tomos (sólo el séptimo se acoge a la denominación «Escritos póstumos. Apuntes. Varia»): 1897 y junio de 1920 son fechas que marcan el periodo entre el primer texto y el regreso de su segunda estancia en París, tras la guerra europea y la participación en la campaña aliadófila; junio de 1920 y abril de 1931 encierran los mayores afanes literarios y el desembarco en la política republicana hasta la victoria; abril de 1931 y septiembre de 1932, señalan el tiempo febril de ejercicio del poder, cuyas dificultades se completan en el volumen acotado por la segunda fecha y octubre de 1933, ya en la perspectiva de unas elecciones que Azaña perderá; de noviembre de 1933 a julio de 1936 corren los años de recuperación del poder, y de la última fecha a agosto de 1940, se asiste a la agonía de la República en guerra que, al cabo, coincidirá con su agonía personal.

La pauta biográfica significa todo un diagnóstico sobre el legado de Azaña. Siempre supimos que era más rico en trabajos dispersos, notas íntimas, literatura personal, etcétera, que en obras cuajadas y autónomas: de sus muchos proyectos narrativos sólo publicó una novela —*El jardín de los frailes*, de 1927—; de una serie de ensayos sobre política francesa contemporánea sólo salió el primer volumen sobre política militar, en 1919, y quedaron *ad kalendas graecas* los dedicados a la política educativa y religiosa; su *Vida de Juan Valera* se extravió y sólo ahora podemos leer el original, gracias a su transcripción en estas obras completas. Esto nos revela con claridad meridiana que hay proyectos intelectuales que se realizan mejor mediante el fragmento, lo incompleto, el apunte que se pule con cuidado o la

observación que no se vuelve a corregir, es decir, lo que permanece en el confuso pero rico estatuto de *literatura personal* y, en cierto modo, inorgánica aunque no por eso, vaga. En esto hay mucho de renuncia voluntaria pero también de espíritu de autocrítica, y hasta de soberbia luciferina, o si se prefiere, una forma de pensar que se crece en la contradicción, en el comentario intencionado al texto ajeno, en el puro placer de verse discutiendo. Un amigo mío formuló, con razón, el lema de los laboriosos: «si no sabes de algo, escribe un libro». Azaña se hubiera acogido mejor a la enseña de los críticos: «cuando sabes mucho de algo, escribe una simple nota». Inevitablemente pienso en un escritor —que moriría el mismo año que Azaña y bajo parecidas amenazas—, en el que se unieron la ambición interpretativa y el permanente aplazamiento de los grandes proyectos: Walter Benjamín, que pensó alguna vez en un libro compuesto por una selección de citas ajenas cuya fuerza residiera en el montaje dialéctico de las mismas y que concibió sus ensayos como una sucesión de pensamientos iluminadores en torno a una intuición.

Es evidente que Azaña fue menos vanguardista que su coetáneo germano... Pero en uno y en otro, la musa más amada es la de la crítica que, como es sabido, no existe... porque la palabra «crítica» surge en el siglo XVIII como forma superior de la operación reflexiva (en los títulos de de las obras kantianas, por ejemplo) y en el XIX pasa a ser un modo de mediación entre la producción de ideas y los lectores, que se ejerce a través de la prensa o las revistas: un saber que se convierte en acción independiente y desinteresada, estrechamente unido, desde los años noventa, al surgimiento de los *intelectuales*. No es casualidad, por todo esto, que la experiencia de escribir las *Historias de las dos Españas* se halle, en la obra de Santos Juliá, en tan sugestiva cercanía de la empresa de acometer una biografía completa de Azaña y la nueva edición de sus obras.

Entre la política y la literatura

El centro de su experiencia vital fue el año de 1898. Es revelador que su primera intervención pública, el folleto que recoge la conferencia «El problema español», sea de 1911, fecha de la muerte de Costa, y respire por aquella herida pero también por la urgencia de una reconstrucción espiritual y material. Y que entre las notas parisi-

nas de 1911-1912 haya una en la que se propone escribir acerca de «La literatura del Desastre», cuya finalidad sería «sistematizar toda aquella literatura, poner de manifiesto sus ideas generales, y la procedencia y conexión de ellas». Es muy significativo saber cuándo lo hizo, como ha sabido subrayar la biografía de Santos Juliá en el apartado 12, «Quiebra del reformismo y crítica del 98»: en octubre de 1923, consumado el golpe de Estado de Primo de Rivera («tenía que suceder. Vale más que el tumor reviente cuanto antes»), escribe el artículo «¡Todavía el 98!» y sus secuelas (*España*, octubre-diciembre de 1923), a la par que proseguía el largo estudio «El idearium de Ganivet» (1921-1930), que se publicará en esa última fecha en *Plumas y palabras*. Del escritor granadino piensa que es «el tipo acabado del autodidacto, de cultura atrasada y desordenada, mente sin disciplina»; y de los hombres de fin de siglo, que «desde entonces corre por cierta la especie de que ser español es una excusa de la impotencia. Fernando Osorio y Antonio Azorín son dos *ratés* que le echan la culpa a la raza. A los principiantes de la generación del 98 el tema de la decadencia nacional les sirvió de cebo para su lirismo. Y una ligera excursión por las literaturas contiguas a la nuestra probaría tal vez que su caso fue mucho menos nacional de lo que ellos pensaron, que navegaban por la corriente de egolatría y antipatriotismo desencadenada en otros climas». Pero ahora, gracias a esta edición, conocemos además el casi centenar de páginas de una visión novelesca de este conflicto íntimo, *La vocación de Jerónimo Garcés* (1904), que fue algo más que el esbozo de otra novela en que vertía su intimidad, junto a *El jardín de los frailes*, *Fresdeval* y los borradores en torno al «El viaje de Hipólito». Porque el huérfano Garcés es —cosa insólita en las letras de su tiempo— un ex combatiente en los campos de Cuba, donde presencié cosas espantosas, como sólo las hallamos en los sobrecogedores testimonios de Manuel Ciges Aparicio y sabe, por tanto, lo que dice al preguntarse si «¿soy yo el responsable de haber nacido en una época de relajamiento y decadencia universal?», mientras reconoce también en sí mismo el eco de estos años perversos: «Soberbia e indisciplina: eso es lo que hay en el fondo de tu alma».

Azaña fue, en consecuencia, una muestra ejemplar del lento eclipse del radicalismo emocional de fin de siglo y del paralelo afianzamiento de los profesionales de las ideas, que buscaron el arrimo de la institucionalización de la *intelligentsia*: tan revelador como haber sido becario de la Junta de Ampliación de Estudios en 1910, en su

amado París, lo fue que, en su condición de militante reformista, Azaña firmara el manifiesto de la Liga de Educación Política Española en 1913. Sin embargo, conviene evitar las simplificaciones a propósito de una «generación de 1914», bajo la égida de Ortega... Así saludaba Azaña la aparición de *Revista de Occidente* en un texto del semanario *España*, firmado por «Dr. Avúnculus», dirigido al propio filósofo y que escapó a la perspicacia de Marichal pero no a la de Juliá: «Supongamos que haya ingenuos —ya los hubo— que se impongan esa tremenda tarea de meditar un poco las indicaciones, esquemas y resúmenes que usted hace. ¿Sabe usted lo que conseguirían? Convencerse de que usted es un hombre de gran temperamento literario, de una sensibilidad retórica refinada, acaso un poeta, pero que en sus ensayos orientadores sólo se sacan paradojas, contradicciones, arbitrariedades, antojos y caprichos que a veces son una maravilla de factura, pero con frecuencia alarmante un galimatías magnífico de frases felices y de absurdos históricos y jurídicos».

Todo aquello venía a cuenta de haber citado en vano el nombre del jurista suizo Johann Jakob Bachofen, pero revelaba, también, cuán fino hilaba el exigente Manuel Azaña en la cuestión de una «literatura de ideas». En este orden, prefería la buena literatura, hecha de genio y honestidad, profundamente conectada con algo de la sustancia nacional. Es llamativo que, por encima de otras voces quizá más afines espiritualmente (pienso en Pérez de Ayala), Azaña tenga dos elecciones estéticas muy claras: una es Galdós, del que no escribió nunca pero leyó mucho (de 1912 son unas notas sobre el teatro galdosiano que hemos conocido ahora: «tengo la certeza —escribe en ellas— de que Galdós es en las letras de la España moderna un punto culminante»); la otra es Valle-Inclán. Suya y de Cipriano Rivas Cherif fue la idea de consagrarle un número monográfico de la revista *La Pluma*, en enero de 1923, cuando estaba reciente el año 1920 que fue, como se recordará, el de *Divinas palabras*, *Luces de bohemia*, *El pasajero* y *Farsa y licencia de la Reina castiza*. En su contribución a aquella entrega, «El secreto de Valle-Inclán», Azaña escribió: «El personaje a quien Valle-Inclán ha transmitido su nombre y su figura es un semi-diód movido por el afán de justicia absoluta (...). Es un héroe desprovisto de misericordia que ha tirado muchas piedras porque estaba libre de pecado». En enero de 1936, ante su muerte, sus «Palabras ante Valle-Inclán» ratificarían con notable solemnidad ese alto lugar: «Hubiera querido someter el mundo al orden inestable de su fantasía

poética, solamente para que fuese más bello y, de resultas, un poco más justo».

Pero también sabemos que admiró y leyó a Juan Valera, seguramente porque representaba cosas que sentía mucho más próximas y que necesitaba purgar: el refinamiento intelectual coartado por la indolencia, el gusto por la expansión personal epistolar con preferencia a otros modos de escritura más asertiva, la capacidad de sobrenadar con soltura entre sus propias contradicciones. No es frecuente hallar un ensayo biográfico-crítico tan deslumbrante y certero como el que Azaña trazó en su *Vida de don Juan Valera*, pero también vale la pena advertir que constituye una compleja operación de desvinculación, casi un exorcismo, con respecto a las dolencias intelectuales que el autor de *Pepita Jiménez* representaba. Y es que algo muy propio de Azaña fueron sus distancias tácticas sobre sí mismo, en una conseguida mezcla de soberbia y encarnizamiento. Unas veces se complace en su propia indecisión, como cuando escribe a su futuro cuñado Rivas Cherif que «como hace más de veinte años que vivo encogido, hecho un ovillo, me imagino que debo vivir siempre arrugadito, sin estirarme nunca. Algunas veces me ha parecido que me estiraba, que iba a nacer. Pero luego resultaba que no nacía. Opino que voy a morirme nonato». Sin embargo, años antes, el mismo Azaña había prevenido a José María Vicario, desde el París de 1912, que «no te figures que ando por ahí hecho un místico o un babiaca, *ambulado* por los jardines al atardecer. ¡Oh, no! En mi divisa está escrito aquellos de “todo lo miró, y notó, y puso en su punto” del personaje de Cervantes».

Siempre preponderaba la exigencia como sistema intelectual. El 26 de septiembre de 1929 escribía a Vicario que «hoy por hoy, lo que quisiera hacer en el caso de verme obligado a residir en Madrid, sería fundar un periódico titulado el *Anti-Todo* que se publicara cada media hora para recoger los latidos de la aversión universal». Y no cabe duda que de ese sentimiento surgió la revista *La Pluma*, a la vista del error del semanario *España* de adoptar un «tono demasiado enfático y pedante para hablar de cosas vulgares». Pero hay algo más que la alergia a la pedantería de abolengo orteguiano y el deseo de pureza artística, que subraya oportunamente Juliá al tratar por extenso de la revista en el capítulo 11 de su biografía. En plena crisis de valores, la publicación se proponía hablar de literatura, de arte y de música por espacio de 37 números, entre junio de 1920 y junio de 1923, con la convicción de que crear una *literatura nacional* era un empeño

de capital importancia. Las «Dos palabras que no están de más» desarrollan el propósito de Azaña y Rivas, responsables del proyecto: «*La Pluma* será un refugio donde la vocación literaria pueda vivir en la plenitud de su independencia, sin transigir con el ambiente; agrupará en torno suyo un corto número de escritores que, sin constituir escuela o capilla aparte, están unidos por su hostilidad a los agentes de corrupción del gusto y propenden a encontrarse dentro del mismo giro del pensamiento contemporáneo. *La Pluma* no es otra torre de marfil como se usaban —de alquiler las había— hace años; lejos de eso, sueña con adquirir una difusión proporcional al ímpetu del que nace. Si *La Pluma* vive, la unidad de su obra será más que aparente y mostrará esa faceta de la sensibilidad española que, al adoptar el modo literario, enfrena los retozos del temperamento y ve en la sobriedad, pureza de líneas y claridad, los estigmas inconfundibles de la obra del talento acendrado por la disciplina».

No está nada mal como orgullosa defensa de la creatividad crítica. Se advierte que el tono dominante es la exaltación de aquella *literatura nacional* mencionada más arriba y que se parece tanto a la que Larra había defendido noventa años antes. ¿Literatura o política? Planteada en los términos de *La Pluma*, la opción no era fácil... En sus diarios de 1927, tras recoger un elogio verbal de Pedro Salinas por *El jardín de los frailes*, Azaña confesaba una obviada: «Muchas veces he pensado que yo valgo más para la política que para la literatura. Eso depende quizá de cierta propensión *realística* que hay en mí, con dos formas: una, que consiste en ver las cuestiones tal como verdaderamente se plantean, desterrando de mis juicios la influencia de los deseos y de la imaginación. La otra es la comezón programática, el desosiego organizador, un rigorismo puntual que exige que cada cosa a mi cargo esté como debe estar». De hecho, la presencia de Azaña en la revista incluyó, aparte de la publicación de una parte de *El jardín de los frailes*, la importante selección de textos clásicos para apostillar noticias de actualidad y, sobre todo, los trabajos firmados como «Cardenio» (personaje de *El curioso impertinente*) y «El paseante en Corte», textos fundamentalmente satíricos y que deben ser leídos como la formulación de un patriotismo crítico que prefigura el que desarrollará, después de 1931, su concepción de la República. En «... Castillo famoso», este alcaalino que se proclama «no madrileñista» («es novedad importada por la periferia»), se propone nada menos que toda una teoría de la capitalidad de España. En «Almanzor» y «Si el alarbe

tornase vencedor» se refiere al sarampión patriótico en torno a la guerra africana y el desastre de Annual, mientras que en «Auto de las Cortes de Burgos, o triple llave al sepulcro del Cid y divino Zancarrón» se burla del *cidianismo* (recuérdese que Menéndez Pidal publicó su libro *La España del Cid* ocho años después) y en «La muerte de Lepe» escenifica unas oposiciones universitarias y elogia matizadamente el talante del Centro de Estudios Históricos.

Decididamente, política...

En 1931, una anotación de su diario nos recordaba que, con la dictadura, cerrados *España*, *La Pluma* y el Ateneo, se había decidido a esperar mejores tiempos acabando *El jardín de los frailes* y haciendo la biografía de Valera. Pero ya hemos dicho que la función de la literatura no es la de un entretenimiento en una sala de espera. Es muy significativo que, después de 1931, Azaña resolviera jalonar su actuación política con la publicación sistemática de los textos —discursos, artículos y hasta intervenciones parlamentarias— que ésta genera y que, a la par, la justifican: en 1932 publica *Una política*; en 1934, *En el poder y en la oposición*; en 1936, *Mi rebelión en Barcelona*, e, incluso, en 1939, *Los españoles en guerra* que, con prólogo de Antonio Machado, recogió los dramáticos discursos de Valencia (1937) y Madrid (1938). Pero concluida la contienda, sus cartas personales reflejaron la viva preocupación por la aparición de nuevos textos: había confiado a Gonzalo Losada, en Buenos Aires, la edición de *La velada en Benicarló* (1940), la perla indiscutible de todos aquellos testimonios y, sin duda, uno de los grandes libros españoles del siglo pasado, pero pensaba también adaptar sus diarios del 1937 y los llamados «Cuadernos de La Pobleta» en forma de unas *Memorias políticas y de guerra* y concebía otro volumen, para el que soñaba una repercusión internacional, que se habría titulado *Los últimos días de la República Española*.

¿Se trata de una manifestación insoportable de vanidad y protagonismo? ¿De un humano deseo de autojustificación en el fracaso? Creo que desde el capítulo 21 al 24, los últimos de su *Vida y tiempo de Manuel Azaña*, Santos Juliá resuelve estas dudas en las páginas más emocionantes, finas de análisis y, con seguridad, también más cercanas afectivamente hablando de todo su libro. A su opinión me atengo y añadiría —en la línea de mis propios argumentos— que se trataba,

una vez más, de conciliar la aporía —política o literatura— de aquella anotación de 1927: Azaña, como Churchill o como De Gaulle, tuvo una *conciencia solemne* de la historia y, aunque era mucho menos mesiánico que aquéllos, quiso hacer constar en forma de literatura lo que no siempre pudo ejecutar en la acción. Si un texto breve refleja esta voluntad de hacer de la política un discurso coherente, hay que acudir a la anotación que escribía en sus diarios en el momento de la caída de su gobierno en 1933: «En todos mis discursos y actos públicos he querido elevar la política a una línea que la inteligencia cultivada pueda seguir y a un desinterés personal que las personas decentes puedan amar». Nada habla con más elocuencia de la identidad de acción política y acción intelectual, ambas dirigidas, en definitiva, a un «público».

Persiste entre nosotros, sin embargo, la apreciación de Manuel Azaña como un intelectual abocado casi por azar a la vida política, que se complementa con la imagen de un político anacrónico que era incapaz de madrugar, que no podía disimular la pobre opinión que le merecían sus colegas y visitantes y que prefería una charla o la contemplación de un paisaje al estudio de un proyecto de la administración. A tales propósitos, la biografía de Juliá es una inteligente apuesta por la dimensión fundamentalmente política del personaje, pero también es cierto que una lectura *literaria* de sus diarios ha ratificado esa visión que no siempre se formula en tono peyorativo. La visita a El Escorial en julio de 1931, que suponía el reencuentro del antiguo educando con sus frailes agustinos y la admiración por la «sinfonía de las montañas», es un trozo de prosa admirable que remata, sin embargo, una observación inquietante: «El antiguo manantial de la tristeza permanece cerrado. ¿Pero no hay una parte profunda de mi vida que se remueve a estos acordes?». Nadie puede huir de sí mismo e incluso el Azaña orgulloso de sí mismo, a punto de cambiar la historia de su país, se reconocía gustoso prisionero sentimental del jardín de los frailes.

Pero la lectura de los volúmenes III, IV, V y VI de estas *Obras completas* como un despliegue de la pura intimidad hace un flaco favor a Azaña y seguramente distorsiona otros aspectos. Y entre estos, quizá sea más atrayente advertir la elaboración de una política decidida en las cuestiones militares y religiosas, los dos grandes torcedores de la conciencia hispánica del siglo XX. El orgullo de un político de paisano por el ejército a sus órdenes es cosa que, en los últimos años de vida española, se nos ha hecho ya más familiar: ése es el tenor, por

cierto, de las dignísimas alocuciones castrenses de Azaña que el lector encontrará. Pero su firme y radical conciencia laica —donde flaqueaba la de Fernando de los Ríos, por ejemplo— sigue siendo, por desdicha, algo más que infrecuente. Una y otra son tributarias de la elaboración y propuesta de un patriotismo diferente, sin fetiches nacionalistas, que buscaba un fundamento más firme que los ademanes de los cuadros de Historia o que la permanente contaminación de lo sacro y lo civil: más allá de Recaredo, recordaba Azaña en la Asamblea de Alianza Republicana en marzo de 1932, estaba «puro el manantial intacto» del patriotismo. No es la *intrahistoria* de Unamuno, hecha de materiales ideológicos del romanticismo alemán, sino una noción de comunidad histórica, quizá más renaniana, que tiene una formulación muy atractiva en «El genio político de Castilla», en noviembre de ese año, cuando proclama que «ésta es la tierra eterna, la raza perdurable, que clama por la resurrección de España».

¿Castellanismo? La verdad es que la historia política del mito de Castilla —que tiene modulaciones en toda la gama del pensamiento, a la izquierda y a la derecha— está todavía por escribir. Pero esa visión, ampliada a toda España, es lo que vertebró y justificó su discurso de recuperación del espíritu de 1931 en la campaña del Frente Popular y, más adelante, desde julio de 1936, su concepción de la Guerra Civil, que Juliá ha analizado en páginas imprescindibles: guerra nacional contra un invasor extranjero, como la de 1808, pero también guerra intestina y dolorosa en la que no vale el triunfo sino la negociación. Y la paz, la piedad y el perdón que pidió en su inolvidable discurso en el Ayuntamiento barcelonés, el 18 de julio de 1938. Tal debería ser la última lección republicana. Como había dicho su personaje y *alter ego* Garcés en *La velada en Benicarló*, «si la República no ha venido a adelantar la civilización en España, ¿para qué la queríamos? De ahí el segundo término de mi pensamiento: sacar a luz, poner en primera línea lo valioso en el orden intelectual y moral. Quienes han creído, o aparentado creer, que la república era antiborbonismo, anticlericalismo, anticentralismo son unos majaderos o unos bribones».

Esto es lo que lo escribe un hombre gravemente desengañado y un patriota español que no es nacionalista pero tampoco federalista. Su fracaso le duele y siente el engaño y la impotencia, pero se mantiene lúcido. No es el catastrofista que se abraza con empecinamiento a su catástrofe personal, pero sí el pesimista que parece anticipar el futuro cuando, en una carta a Esteban Salazar Chapela de 26 de enero de

1940, desprecia la naciente beatería republicana: «Y habremos de ser guardadores de la «República del 14 de abril», o de un texto abolido, o de una memoria putrefacta... Actitud que gusta mucho en nuestro país, porque tiene además la apariencia de la lealtad, de la fidelidad. A mi juicio ha de hacerse lo contrario. Y no bastaría echar piel nueva».

... Y un reconocimiento

Imagino que Santos Juliá ha debido tener muy presentes estas expresiones de una carta que cita a otro propósito y que figuran también, por vez primera, en las obras completas de Azaña. Más allá de la importancia de libros que añaden tanto a nuestro conocimiento de la vida y la historia españolas, la publicación de estos siete volúmenes de apretada tipografía junto a la más reciente biografía *Vida y tiempo de Manuel Azaña (1880-1940)* son dos acontecimientos señeros en la vida intelectual española. Y todos hemos contraído una nueva deuda de gratitud con Santos Juliá.